

---

# Drogas y subjetividad (Del entusiasmo y la racionalidad)

*por el maestro Roberto García Salgado*

*Las cosas de las que más se habla son las que  
menos existen. La ebriedad, el goce, existen.  
Schinitzler, La ronde.*

## **A manera de introducción**

A lo largo de la historia cultural de la humanidad, la relación entre las drogas y la subjetividad ha estado presente de manera inquietante: desde la ebriedad profana con los testimonios de opiofagia en los poblados de algunos lagos suizos y del norte de Italia –fechables hacia el siglo xxv a. C. la ebriedad sagrada de los Vedas y las figuras chamánicas, por lo menos desde el siglo xv a. C., con el uso de la ghanja (marihuana) o haschisch. Sin olvidar, desde luego, la América precolombina con el teonanácatl, el ololiuhqui y otras variadas plantas y cactáceas, y la importancia de la Grecia antigua y sus misterios eleusinos, vinculados a los procesos de iniciación en la muerte y el renacimiento místico,<sup>1</sup> hasta el uso de sustancias modernas propias de la tecnocracia ficticia y cínica que caracteriza a las sociedades postindustriales representadas en las drogas de diseño (por ejemplo, el éxtasis) y los sucedáneos somas en busca de la felicidad, *el dinero* y *el éxito* representantes de las sociedades de consumo.

El propósito de este ensayo pretende describir brevemente la relación existente entre la subjetividad y las drogas como vehículos para conseguir estados extáticos, y destacar los esfuerzos culturales, iniciados en la filosofía griega, para imponer la sobriedad y la racionalidad ante el entusiasmo y la ebriedad en el desarrollo de la humanidad, mediante las admoniciones platónicas que sustentan la cultura de la abstinencia y, posteriormente, la cultura prohibitiva-preventiva-persecutoria de la actual lucha contra las drogas y las consecuencias en la salud y en la moral, aducida por especialistas desembriagados,<sup>2</sup> como muestra de la transformación erigida en la subjetividad humana y el papel del Estado en la prohibición de las

sustancias en el plano individual y privado de la condición de sujeto libre y autónomo.

### **De la abstención a la cultura de la prohibición-prevenición-persecución<sup>3</sup>**

El análisis de las drogas es una historia épica.<sup>4</sup> Apenas leemos una página sobre su presencia en la vida cotidiana y sus antecedentes muestran un panorama de encontradas resoluciones históricas y socioculturales. Diseminadas entre narrativas poéticas o relatos históricos,<sup>5</sup> las sustancias dan cuenta de su recurrente contacto con los seres humanos y los efectos que se han manifestado en consuno para construir la complejidad de su relación y el carácter laberíntico de la argumentación y la sobriedad<sup>6</sup> y de sus antípodas, el entusiasmo y la ebriedad.

De las enseñanzas del Sócrates platónico se desarrolla la construcción de una historia cultural de la abstinencia, una amonestación que perdura hasta nuestros tiempos como el terraplén epistémico que sustenta la racionalidad y la sobriedad como la senda gestada y parida de la admonición clásica.<sup>7</sup> Para comprender los argumentos actuales de la prohibición como paradigma cultural de la prevención a las drogas, es menester recurrir a los avatares históricos que los principios prohibicionistas han sufrido en las conciencias inquisitivas actuales de los preventólogos y autoridades del *cuidado de la vida* y de la *salud* en la polis.

La historia de las drogas está plagada de acontecimientos y circunstancias muy propias de lo que Peter Sloterdijk llama *el complejo drama psico-histórico*.<sup>8</sup> El uso de las drogas en la Antigüedad se muestra abigarrado de intereses económicos, políticos, ideológicos, culturales y, sobre todo, epistémicos. Sus complejos usos paliativos, alucinantes, sedantes, y su largo proceso de adaptación a los entornos socioculturales, que le dan simbolismo, nos conducen por una senda preventiva, de lo denominado problemático y moralista y, desde luego, de impresionantes e inimaginables debates académicos, o en ocasiones pseudo-académicos.

Las sustancias —no sobra decirlo, milenarias— hoy conocidas vulgarmente como *drogas*, y sus múltiples significados para las ciencias sociales y biomédicas, asumidas en la actualidad como una *preocupación*, cuentan ya con una larga trayectoria que suma diferentes posiciones entre las disciplinas/profesiones, hoy por hoy, llamadas a dar cuenta sobre el tan mencionado origen del *problema de las drogas* y sus implicaciones en la salud y, desde luego, sus funciones en la convivencia diaria de hombres y mujeres. Los usos considerados *no problemáticos*, vigentes aún en la tradición oral y escrita de las diversas culturas tradicionales, tienen su vuelco histórico en la existencia de los intereses políticos y éticos<sup>9</sup> que dan origen a la prohibición moderna. De acuerdo con Del Olmo “las drogas se han dividido en dos categorías que se excluyen mutuamente: drogas ‘buenas o inocuas’ vs. ‘drogas malas’; entendiéndose por ‘peligrosas’ por su posible daño social, nocividad o posibilidad de crear dependencia”.

Si las drogas han estado siempre entre los hombres y las mujeres y sus dolencias, búsquedas de placer o de trascendencia del Ser, ¿qué es lo que hace peligroso el consumo de drogas? Se pueden ofrecer diversas respuestas que más tarde entronizarán a sus autores, tal vez porque muchos de ellos, lejos de atender el consumo de drogas con álgida seriedad filosófica, ateniéndose a sus intereses, defienden los conceptos más relevantes del discurso estratégico entre la población y, desde luego, me refiero a la moral en turno y a la salud reducida a lo orgánico.

En efecto, la salud es una de las preocupaciones naturales y creadas entre cualquier grupo humano, y una de las posibles causas del consumo de drogas; por otro lado, la moral es un consenso que determina lo bueno y lo malo de un colectivo, lo sano de lo insano, lo adecuado de lo inadecuado. Bajo esta concepción se han privilegiado los discursos medicalistas que, respaldados en los supuestos alfabetizados y su consecuente estatus social, han satanizado el discurso y la práctica de las drogas y de aquellos que las consumen, etiquetándolos como inconscientes, perversos, viciosos e insanos, entre otros calificativos, pertenecientes a esa suerte de sujetos incapaces de defenderse ante la *enfermedad* bajo etiqueta de *individuo inculcado*.

En este sentido, conviene mencionar, en aras de la claridad, que la idea de prevención, en materia de drogadicción, responde a los intereses de cualquier otra materia orientada al control social. La palabra *prevención* deriva de la idea de *anticipación*. Anticipar implicaría, desde los ángulos de lo privado, reflexionar y elegir las ideas/acciones consideradas, por los propios sujetos, pertinentes para su contexto y subjetividad personal. Sin embargo, desde lo público, la prevención como anticipación marca las pautas de la intromisión/participación del Estado, desde sus órganos de control, para definir y decidir las pautas que van a servir de garantía para las personas y la sociedad, frente al peligro que representan las drogas, de acuerdo con el juicio de valor establecido.

Sin ánimo de distanciarnos del transitado discurso histórico del entusiasmo y lo racional de las drogas, insistiremos en la importancia de cómo se construye el discurso que lejos de allanar los caminos los abigarra con premisas de un paradigma represivo de notados fracasos y daños adicionales, importantes en la subjetividad del individuo y del propio tejido social. Como adelanto de las posibles conclusiones, encuentro, pues, que el peligro más evidente alrededor del llamado *problema* de las drogas, es sin duda la construcción lingüística satanizada y la práctica persecutoria, represiva y medicalista de las instituciones que ideológicamente legitiman<sup>10</sup> sus acciones bajo la defensa de la moral social contra la que atentan los consumidores con sus acciones.

El prohibicionismo moderno, surgido de las concepciones morales del *mentor* universal que es Estados Unidos, ha desatado una posición castigadora más adictiva y perjudicial *per se* que las propias sustancias. Las admoniciones resultantes de esta historia psicológica de la Grecia antigua y su cielo común de Eleusis con sus drogas iniciáticas, han dado paso a

las cuentas prácticas modernas de la prohibición-prevención-persecución, estrictamente orientadas contra el entusiasmo y la epifanía con una declaratoria bélica y una Ley contra las Drogas que enaltece la desembriaguez y subestima la extática sometida a la retórica.

Llevar a cabo una descripción histórica de la existencia de las drogas en la línea del tiempo y sus diferentes usos, resulta, sin duda alguna, una magna tarea, una retrospectiva para entender las preocupaciones actuales de una sociedad occidental sobre sus *adictos*, en la cual el entronamiento de la razón se matiza de rasgaduras y escisiones por sus abusos y sobreentendidos desde las conciencias *normales* de la vida *sana* y de *calidad*.

El eclecticismo acomodaticio de diferentes investigadores en el terreno de las drogas y sus vínculos con el uso de éstas, es de una evidencia rutilante entre aquellos que desde los senos académicos *estudian* las identidades o culturas juveniles y de aquellos que desde los claustros sahumados de poder judicial o de procuración de justicia, detallan bajo nigromancias conceptuales, ausentes notoriamente de respaldos epistémicos serios, relaciones perversas de la vida juvenil contra la moral en turno y su capacidad destructiva de las reglas y normas vigentes del *buen vivir*. Así el sentido de los discursos actuales esgrimidos por los *juvenólogos-preventólogos*, tendrían que sobreponerse a las proclamas vindicativas de la *verdad* provenientes del altavoz de la moral, y comprender las intranquilidades de la sociedad contemporánea occidental respecto a sus miembros adictos en una perspectiva de amplitud histórica.

Se muestra que la corriente obedece a la tendencia global del proceso de la ambicionada civilización. La civilización, al más puro estilo occidental, se interpreta como el proceso de imposición de drogas sustitutorias.

### **Escrito con drogas: de Eleusis al templo de la tecnocracia ficticia**

Al cabo de un rato se dio cuenta de que aún tenía los trozos de la seta, y se puso con esmero manos a la obra, mordisqueando primero de uno y luego de otro, a veces crecía en tamaño y otras se encogía, hasta que atinó a alcanzar su estatura habitual.

Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*

La Antigüedad no es terreno de silencios y ausencias del consumo de drogas, es, sin duda alguna, el histórico acápite primigenio de la acalorada discusión ética<sup>11</sup> del uso de sustancias y su devenir prohibitivo-preventivo. Los relatos erigen pitonisas, chamanes y, posteriormente, médicos y científicos sociales.

Narrar el inicio de la prohibición-prevención, nos remite a la impresionante documentación y piélago de anécdotas documentadas al menos durante

los últimos 200 años, perspectiva cronológica que comienza con los estudios referentes al opio, posteriormente la cannabis, más tarde la coca y la cocaína y, ya más cercanamente, las investigaciones de la amplia variedad de drogas alucinógenas y drogas sintéticas. Los principales actores en el consumo de drogas con frecuencia pertenecen al círculo de artistas, escritores y científicos cuyos testimonios aducen la condición jánica<sup>12</sup> de las drogas. El patrón existente entre estos actores de finales del siglo XVIII en adelante, evidencian en sus obras, hallazgos y tradición epistolar sobre la influencia de las drogas en sus vidas y sus psico-efectos en sus quehaceres creativos.

Las drogas y la subjetividad se hermanan en cuanto a que, como afirma Sloterdijk, en una época las drogas actuaban, sobre todo, como vehículos de un tráfico fronterizo metafísico y ritualizado; en donde la subjetividad significa, en la era antigua de las drogas sacras, una disponibilidad o accesibilidad elevada para lo no-siempre-manifiesto y, sin embargo, más supremamente real, que acostumbra a descubrirse en estados psíquicos excepcionales. El *interior* humano se abre y ofrece en la medida en que se orquesta y pantalla para la epifanía de fuerzas sobre y extrahumanas, cuyos representantes sacros podrían ser cualesquiera de las sustancias que, en la moderna jerga farmacéutica, se llaman drogas.

Quiero enfatizar el evidente relato psichistórico de las drogas mediante un distintivo lingüístico de lugar común denotado por las drogas *del antes* y *del después*. Las drogas —*del antes*— santas sahumadas de la influencia eleusina con dones mágico-religiosos, festivos y medicinales muestran un recorrido que engloba una titánica batalla entre embriaguez y sobriedad. Los usos diversos de estas sustancias entre los antiguos griegos no se resumían a un abstracto y descontextualizado uso de ellas. Los misterios eleusinos poseían una incomparable importancia política como símbolo de unidad dentro del pluralismo. Esta batalla iniciada hace varios milenios descuelga por un devenir de amplitud histórica que debe contribuir a la búsqueda de una justa medida de la sobriedad, combinada con la justa medida de exaltación o *misión*, la cual se escenifica en una guerra mundial de fondo en la cultura que responda a la forma o a las formas para manipular el peso del mundo, hoy por hoy, descomunadamente agobiante. Las drogas del *después*, sustitutorias de lo sacramental y encargadas de soportar y aligerar este peso metafísico u ontológico, aparecen en la escena de la modernidad bajo la omnimoda relación de droga-adicción. Las drogas del *después*, despojadas de su *status* fármaco-teológico del mundo antiguo, soportan la designación defectuosa de la palabra *droga* con un interés en su identificación químico-farmacéutica y policiaco-cultural. “Los hombres modernos son gente que se han puesto a resguardo de revelaciones... Tenemos a nuestra homogénea y prosaica versión de la realidad y a nuestro estado interior cotidiano y sobrio por algo tan normal y normativo que todo el resto sólo es considerado como ilusión y desvarío. Nada habría para nosotros más perturbador que la irrupción de nuevas manifestaciones de un más allá que reclamara derechos de validez como cultura oficial”.<sup>13</sup>

Bajo esta última designación de relación entre las drogas y la subjetividad humana, se hace comprensible la *racionalidad occidental* materializada ejemplarmente en un *sacramento de la privación*. La modernidad sólo reconocerá los misterios de la droga sustitutoria: el culto del dinero y del éxito intramundano.

El tránsito de los abiertos cielos eleusinos a las asfixiantes bóvedas de la modernidad tecnocrática, han colocado a algunas drogas (desde luego a las connotadas como *ilegales*) en el plano de la desestimación social despojándoles a su vez de su capacidad integradora con el mundo. La asociación de droga-adicción representa, esencialmente, una vinculación moderna. Jacques Derrida señala: "En cuanto el cielo de la trascendencia se queda despoblado, una retórica fatal invade esa plaza vacante y ésa es la del fetichismo toxicómano".<sup>14</sup>

La relación droga-adicción es una suerte de transformación de la embriaguez sacra a una embriaguez no informada o de formación no específica, es un enfrentamiento a la apertura de las puertas a estados interiores desacostumbrados donde el sujeto no accede ya a un más allá. La pérdida de los diálogos trascendentales imponen a los sujetos un trato llano y desritualizado con las poderosas sustancias. Sloterdijk afirma: "En cuanto desaparecen los asideros rituales que, en el consumo de drogas sacras, protegen al sujeto, éste se halla en una relación directa y sin protección alguna con aquello que, según toda experiencia, es más fuerte que el propio Yo profano".<sup>15</sup>

### **¿Y entonces la prevención?**

Atendiendo al hecho de la existencia de las sustancias psicoactivas como un descollado constructo paradójico, en el cual el significado se desdobra entre las representaciones de la figura de chivo expiatorio, demonización tanto de los países líderes de la cruzada antidrogas, como desde la de aquellos que las producen —y a quienes les compete enfrentar y resistir el destino de la política de represión con el sello de la *extracción del mal*—, cabría recurrir a las palabras indicativas de Jacques Derrida, quien menciona:

"Es imposible una definición objetiva de la palabra droga, pues no se trata de un concepto sino de una consigna cuyo valor social está dado por su capacidad para encarnar y simbolizar el mal.

"La 'droga' es también una palabra y es un concepto, aun antes de que se le pongan comillas, más para marcar su mención que para servirse de ellas, pues las cosas mismas no son vendidas, compradas o consumidas. [...] en el caso de la droga el régimen del concepto es diferente: no hay droga en la naturaleza. Pueden darse venenos naturales y también venenos naturalmente mortales, pero no lo son en cuanto drogas[...] Como el de toxicomanía, el concepto de droga supone una



definición instituida, institucional, necesita una historia, una cultura, unas convenciones, evaluaciones, normas, todo un retículo de discursos entrecruzados, una retórica explícita o elíptica[...] Para la droga no se da una definición objetiva, científica, física[...]

“De aquí hay que concluir que el concepto de droga es un concepto no científico, instituido a partir de evaluaciones morales o políticas, que lleva en sí mismo la norma de la prohibición”.<sup>16</sup>

La acción preventiva de sustancias psicoactivas, nombre que devela una mejor acepción a la vulgata construcción ideológica de drogas, desde cualquier idea o terreno práctico, es una manifestación de control social. La tarea cumplida en la idea de anticipación conlleva la articulación de intereses de quienes tienen el compromiso de evitar la presencia de *algo* acompañado de un juicio de valor. Así, el ejercicio preventivista desde cualquier trinchera es un acto de imposición e instauración de principios unilaterales y controversialmente éticos. ¿Quién está autorizado a prohibir-prevenir-perseguir el goce y el descubrimiento interior de los individuos?

Al presentar a los individuos —sobre todo a los jóvenes— como seres pasivos frente a su relación con la sustancias psicoactivas y el asedio de las fuerzas destructivas que éstas comportan, se institucionaliza con el recurso poderoso del discurso<sup>17</sup> la imagen de una persona que no tiene alternativa diferente a respaldar las salidas represivas que le ofrecen sus dirigentes, de manera implícita se da a entender que la solución al problema depende del fortalecimiento institucional y de la efectividad del aparato policial. Sueño autoritario que es reforzado por una información orientada a cumplir una función puramente ritual, que en vez de ayudar difunde un sentimiento de desamparo, el mismo experimentado ante los efectos de una catástrofe.<sup>18</sup>

De este modo, en la consistencia de los discursos —que se despliegan sobre las sustancias psicoactivas y sobre la juventud como principal referencia de una relación perfecta para la noción de urgencia social—<sup>19</sup> las condiciones sociales no solamente determinan las reglas de emergencia de los mismos, sino que los propios discursos producen sujetos en los individuos, a partir de dominios y relaciones de poder.

Consideremos ahora que ningún programa prohibitivo-preventivo-persecutorio está ajeno a los placeres del poder y del dominio. Los catalogados como programas de cero tolerancia y los conocidos como programas orientados a la reducción de daño, extremos que en su continuum albergan programas de diversas modalidades, sahumados de intereses tan diversos como las formas de asumir el realismo de las sustancias psicoactivas, expresan en sus premisas y acciones formas de poder ejercidas sobre la vida cotidiana y enunciadas en la clasificación de individuos en categorías, que les designan un atamamiento a su propia identidad, que les imponen una ley de verdad que deben reconocer y que los otros deben reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos.<sup>20</sup>

En este orden de ideas, la prevención en cualesquiera de sus acciones se inscribe al amparo de un humanismo bienhechor. Posición humanista ésta, que en palabras de Foucault “corrompe la aproximación del problema planteado por las drogas” puesto que, en su opinión, como forma discursiva, dicho humanismo produce un conjunto de motivos para los cuales el hombre occidental se encuentra sujetado, al mismo tiempo que se le hace creer lo contrario. “El humanismo resulta fecundo para inventar toda una serie de ‘soberanías sujetadas’[...] el individuo, soberano titular de sus derechos, sometido a las leyes de la naturaleza o a las reglas de la sociedad”.<sup>21</sup>

Perfilados en esta línea de cuestionamientos pertinentes sobre la actuación de la prevención de sustancias psicoactivas tanto ilegales como legales —términos que desatan un terreno de discusión y política—Wallerstein (1988):

“El tan discutido problema de la drogadicción es real si por real entendemos que un gran número de personas en todo el mundo consumen diferentes drogas ilícitas y, por supuesto, alguien tiene que estarlas produciendo y comercializando. No se trata de que la culpa (o la explicación) radique en los consumidores o vendedores. El consumo es obviamente un signo adicional de desintegración social o de rebelión, o de deslegitimación del sistema histórico existente. Y la industria es, en consecuencia, una de las más rentables en la actualidad y necesariamente la dirigen mafias, que propician la corrupción de funcionarios públicos en forma masiva. La realidad es que después de unos treinta años de aparente preocupación por parte de los gobiernos de todo el mundo, el nivel de rentabilidad y el nivel de consumo son probablemente más elevados que nunca” .<sup>22</sup>

En esta perspectiva resulta relevante considerar el carácter de comercialización que la droga adquiere en una economía-mundo, consideración que suscribe la noción de la concepción de la prevención destinada a las consecuencias del consumo en cualesquiera de las esferas que comportan al individuo, ni mucho menos a la superación de los embates de la tradición de descubrimientos internos, ni mucho menos al reconocimiento cultural de la capacidad destructora de las sustancias. En estricto apego a la fenomenología de las sustancias psicoactivas “ya no deben de ser abordadas en términos de libertad o prohibición, sino que deben estar integradas como fuentes de placer en nuestra cultura ”.<sup>23</sup>

En palabras propias de Foucault:

“Las drogas forman parte ahora de nuestra cultura. De la misma manera que hay buena y mala música, hay buenas y malas drogas. y por lo tanto, así como no podemos decir que estamos ‘en contra’ de la música, no podemos decir que estamos ‘en contra’ de las drogas”.<sup>24</sup>



Aventuro así, las siguientes reflexiones finales, que no conclusiones:

La dinámica preventivista se sustenta en la ejecución de acciones sahumadas de juicios de valor que evidencian al individuo inculcado e incapaz de resolver el *problema* en el que ha entrado y la suerte de profesionales (unos y otros no) encargados de rescatar con acciones visibles del ejercicio de poder, mediante legitimaciones taxonómicas difundidas en la nosografía siquiátrica o mediante el salvamento tutorial de aquellos que venidos de las crueles experiencias con las *drogas* y por haber salido de ellas, les faculta para orientar a otros y determinarlos en cuanto a su identidad culpígena que sobrellevarán como una penitencia social el resto de sus vidas y cuyos pagos y perdones serán evaluados por quienes co-participaron en la construcción de ese *problema*.

Al mismo tiempo que la construcción del *problema* de las *drogas* buscó y encontró en los jóvenes a sus principales protagonistas, gracias a las propias dinámicas del preventivismo institucional. Los jóvenes encontraron los canales, subrepticamente propuestos por el sistema mismo, de la seducción narco/empresarial político/empresarial y militar, y así olvidar las funciones sociales tradicionales de las sustancias psicoactivas, para entronarlas como los medios para alcanzar la ficticia y popularizada felicidad del enriquecimiento expedito y lúdico, gracias a las bondades otorgadas por la madre naturaleza.

La construcción de vínculos entre violencia y consumo de sustancias psicoactivas protagonizados principalmente por los jóvenes, nos muestra la concedida identidad de sospecha y peligrosidad para el *orden* social establecido por los adultos y sus instituciones. Quienes son, finalmente, los verdaderos autores y directores de la existencia de la violencia conocida y respaldada por las *sanas* corporaciones jurídico/policiacas encargadas del orden y la justicia.

Esta última relación *perversa* y *devastadora* se erige como la mampara social que legitima y encubre, por un lado, los actos represivos que rescatan a los ciudadanos normales y sanos, de los anormales y enfermos, capaces de alterar la normalidad de vida en cualquier tejido social. Y por otro lado, funciona como el distractor sublime para no cuestionar el gran déficit de las instituciones encargadas de generar empleos, ofertar oportunidades académicas, ofrecer espacios de expresión cultural juvenil, principalmente.

Así entonces, la prevención es el constructo lingüístico de la modernidad, provisto de una multivocidad enigmática que lo mismo conduce por los senderos de la *liberación* y *de-sujetamiento* de las *drogas*. Y por otro lado, es el ejercicio más claro de poder para sujetar/someter mediante nigromancias discursivas en los intersticios de la intersubjetividad a aquellos que por consenso cultural desempeñan el papel de chivos expiatorios con su fetiche social la, droga.

## Notas

<sup>1</sup> Cfr. Escohotado. A. (1999), *Historia general de las drogas*, Espasa, Madrid.

- <sup>2</sup> En el momento en que la extática quedó sometida a la retórica, se desarrolló una magia civil cuyos discípulos comenzaron a dedicarse a oficios en apariencia completamente desembriagados, como políticos, psicólogos, oradores, educadores y juristas. En: Sloterdijk, P. (2001), *Extrañamiento del mundo*, Pre-textos, España.
- <sup>3</sup> La triada conceptual encierra en sí misma la influencia que sobre la subjetividad tienen las diferentes prácticas que desestiman la epifanía y el entusiasmo como experiencias que los hombres modernos deben evitar para resguardarse de revelaciones que den evidencia de autoafección patológica o de un dispositivo de conciencia que se engaña y usa impropriamente.
- <sup>4</sup> Lo épico, en este sentido, se refiere a la relación de las drogas con personajes y hechos grandilocuentes o heroicos, no distante de lo épico literario; los relatos sobre drogas contienen en sí mismos aspectos histórico-mágico-religiosos de alto nexo con las creaciones poéticas y actos heroicos en la historia de la humanidad.
- <sup>5</sup> Foucault define los conceptos de historia y contrahistoria. El discurso histórico, en tanto práctica consistente en contar la historia, ha permanecido por mucho tiempo emparentado con los rituales del poder, es decir, parece que el discurso de lo histórico puede ser entendido como una especie de ceremonia, hablada o escrita que debe producir en la realidad una justificación y un reforzamiento del poder existente. La historia siempre está escrita por los vencedores. El discurso histórico tiene una doble función: por un lado se propone ligar jurídicamente a los hombres a la continuidad del poder a través de la continuidad de la ley, que se muestra justamente dentro del poder y de su funcionamiento; por el otro, se propone fascinarlos mediante la intensificación de la gloria de los ejemplos de poder y de sus gestas. La historia es un operador, un intensificador del poder.
- <sup>6</sup> "Hace dos mil quinientos años, el Sócrates platónico introdujo una admonición previa contra el entusiasmo, en términos filosóficos, cuyas consecuencias, incluso hoy en día, siguen siendo difíciles de aquilatar [...] De entonces a esta parte, la filosofía es más ciencia que inspiración, más el avance en el curso seguro de las ideas que el extravío en el bello riesgo del entusiasmo". En: Sloterdijk, P. (2001), *op. cit.*
- <sup>7</sup> "Desde Aristóteles, pertenece al código de honor de la comunidad argumentadora la convicción de que es mejor perder el hilo estando sobrio que expresarse con la más eximia de las inteligencias estando drogado". En: Sloterdijk, P. (2001,) *op. cit.*
- <sup>8</sup> Sloterdijk, P. (2001), *op. cit.*
- <sup>9</sup> Dentro de las políticas antidrogas, la concepción preventivista implica el reconocimiento de un juicio de valor, juicio que se aprecia nítidamente en los criterios de drogas con etiquetas de lícitas e ilícitas, en donde las primeras son referencia de lo negativo o identificable con el mal. Esto comporta criterios de anticipación regulatoria por la vía del con-

trol social, por considerarlas peligrosas para la integridad mental de los individuos.

<sup>10</sup> La legitimidad es uno de los ejes centrales de estos diferentes discursos sobre el sistema democrático. Por una parte los discursos sobre la democracia atribuyen validez a los significados que transportan, en cuanto a conocimiento, explicando lo que son. Y por otra parte, mediante la justificación, conceden carácter normativo a la dimensión práctica. Como afirman Berger y Luckman:

“La legitimación no sólo indica al individuo porque debe realizar una acción y no otra; también le indica por qué las cosas son como son”.

<sup>11</sup> Al referirnos a la importancia de la Ética y sus implicaciones en el consumo de drogas, es menester mencionar que esta relación contextualiza los principios filosóficos o teóricos de la prohibición-prevención moderna. González J. (1997), *El malestar en la moral: Freud y la crisis de la ética*, UNAM-Porrúa, México. Menciona... *la ética, la moral, la moralidad y la eticidad*. En nuestro contexto, estos términos se emplean de la siguiente manera:

*Ética* (con mayúscula) remite al sentido estricto de la ética o filosofía moral, que es la disciplina *teórica*, filosófica, que se ocupa de los fenómenos morales en general; *ética* (con minúscula) se emplea, en cambio, como sinónimo de moral, en sus sentido más amplio, que es lo que suele hacerse en lenguaje común; pero *ética* (con minúscula) puede también ser utilizada —y cuando esto ocurre, así se hace expreso— como equivalente a moral *interior* (autenticidad de la conciencia), que se distingue de la moral *exterior* (la norma impuesta), dando lugar, en ocasiones, a la franca oposición entre la *ética* y la *moral*. (Vid. *Infra*, cap. IV “Sexualidad y moralidad: la Libido”.)

*Las morales*, por su parte, comprenden las normas, deberes, etcétera (orden deontológico) que rigen a los individuos y a la sociedad. Por *moralidad en general* se entiende, tanto el conjunto de los fenómenos morales (que abarca no sólo la moral y los ideales y valores éticos, sino la realidad moral efectiva, los *usos y costumbres*: *los mores*, las formas de vida concretas de los individuos y los pueblos) como la nota común, la característica propia y distintiva que define lo moral en general (al igual que la *cientificidad*, por ejemplo, define los fenómenos científicos). Y por *moralidad esencial o eticidad* entendemos más bien la característica privativa del hombre, por la cual éste es moral en su ser mismo y existe siempre moralmente, sea cual sea la moral particular que le rija, incluso en la inmoralidad, pues no existe propiamente, en lo humano, una literal a-moralidad. La eticidad es un rasgo propio de la condición humana cifrado en la *no-indiferencia* radical que caracteriza al hombre como

hombre: su necesidad de preferir valorar, cualificar, optar, diferenciar la vida y vivir conforme con sus *preferencias*.

- <sup>12</sup> *Phármakon* significa remedio y tóxico; no una cosa *u* otra, sino las dos. [...] Leyendo con atención a Teofastro se percibe que el origen de este concepto proviene de las insuficiencias detectadas en la idea de la planta todabuena (*panákeia*) y la planta todamala (*strychnos*). El genio griego comprendió que ciertas sustancias participaban de ambos estatutos, por lo cual no cabía considerarlas sólo benignas o sólo dañinas. (...) La toxicidad de un fármaco es la proporción concreta entre dosis activa y dosis letal. En: Escohotado, A. (1999), *op. cit.*
- <sup>13</sup> Sloterdijk, P. (1999), *op. cit.*
- <sup>14</sup> Derrida, J. (1997) Retórica de las Drogas. Revista Colombiana de Psicología. Universidad Nacional de Colombia.
- <sup>15</sup> Sloterdijk, P. (1999), *op. cit.*
- <sup>16</sup> Cfr. Derrida, J. (1997), *op. cit.*
- <sup>17</sup> El discurso no es simplemente aquello que traduce las luchas o los sistemas de dominación, sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse. Foucault, M (2002), *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona.
- <sup>18</sup> Cfr. Restrepo, L. C. (2004), *La fruta prohibida. La droga como espejo de la cultura*, Ediciones Libertarias, Madrid.
- <sup>19</sup> Romani, O. (1999), *Las Drogas sueños y razones*, Ariel, España.
- <sup>20</sup> Foucault, M., *El sujeto y el poder*, en Dreyfus y Rabinow (1988), Michel Foucault, *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, UNAM, México.
- <sup>21</sup> Melenotte, G-H (2005), *Sustancias del imaginario*, Peele, México.
- <sup>22</sup> Wallerstein I. (1988), *Utopística o las concepciones históricas del siglo XXI*, Siglo XXI-UNAM, México.
- <sup>23</sup> Melenotte, G-H (2005), *op. cit.*
- <sup>24</sup> Íbidem.